

## LAS DIFICULTADES DE LA ALIANZA FRANCO-INGLESA

El final del año 1957 ha vuelto a poner en tela de juicio, en el dominio de la política internacional, muchas cuestiones que se creían resueltas. La alianza franco-inglesa fué una de éstas. Desde el fin de la guerra, las dos naciones occidentales parecían definitivamente unidas. ¿Por qué el simple hecho de que el Gobierno británico haya entregado algunas cajas de armas al microscópico ejército tunecino ha estremecido el hermoso edificio que habían levantado los señores Eden y Bidault en las ruinas de Dunquerque?

### *El peso de la Historia.*

Para explicar este hecho, acaso sea preciso recordar el juicio que Paul Valéry emitió sobre la influencia nefasta de la Historia en la vida de los pueblos. Francia e Inglaterra se han empeñado en un duelo secular para determinar cuál de ellas dominaría Europa y los mares. Iniciada a grandes rasgos en el siglo XI, cuando el Duque de Normandía, Guillermo el Bastardo, consiguió, merced a la conquista de Inglaterra, más poder que su señor el Rey de Francia, esta lucha sólo se terminó a principios del siglo XIX, al caer Napoleón I. En la Edad Media, toda la historia de ambas naciones fué dominada por la lucha de los Capetos, luego de los Valois, contra los reyes anglo-normandos y sus sucesores los anglo-angevinos que, iniciada en forma de guerra feudal, tomó el cariz de conflicto nacional durante la guerra de los Cien años. Los Reyes de Francia concluyeron por dominar y por arrojar a los monarcas ingleses hacia su isla. Pero en el siglo XVII, la rivalidad anglo-francesa se reanudó, no ya por Burdeos o Calais, sino por el Canadá, las Antillas y la India, para el dominio de los mares y el monopolio del comercio de los productos coloniales. Se impuso Inglaterra, que podía concretar todos sus esfuerzos en la guerra marítima, mientras que sus diplomáticos y sus guineas amañaban coaliciones continentales contra una Francia cuya am-

bición preocupaba a muchos Estados europeos. La Revolución francesa, al arruinar la marina real y asustar a la vieja Europa, acabó de entregarle la victoria. Jadeante y desangrada por los esfuerzos desmedidos que había realizado desde 1792 a 1815, Francia renunció a enfrentarse con la patria de Nelson y de Wellington. Pero siete siglos y medio de luchas, de invasiones, de saqueos y de propagandas hostiles dejan profundas huellas en la conciencia de un pueblo. En la Edad Media, cuando bandas de soldados ingleses recorrían la campiña francesa devastándola, el odio contra los «godons» se traducía en forma de leyendas pintorescas sobre el origen diabólico de esos extranjeros de los que se decía que eran «rabosos», como los diablos esculpados de las catedrales. Más tarde, se reprobó el «atentado de Boscawen», el oro de Pitt, la «pérfida Albion» y la «nueva Cartago». Por parte inglesa, el odio de los anglo-sajones nació contra los señores franceses que los oprimían. Duró, como lo demuestran las invectivas de los pastores contra Luis XIV, los sarcasmos contra «Boney», «el ogro de Córcega» y sus «aficionados a comer ranas». Es cierto que las élites, con la sorprendente libertad que existía entonces en este dominio, podían tener relaciones cordiales mientras que los ejércitos de los soberanos intercambiaban cañonazos. Pero las masas permanecían hostiles. Si los Gobiernos de París y de Londres se decidieron después de 1815 a enterrar el hacha de guerra, e incluso a aliarse bajo Luis Felipe y Victoria contra las monarquías absolutas, en ocasión de las crisis de Bélgica y de España, luego bajo Victoria y Napoleón III contra el zar Nicolás I en Crimea, las opiniones públicas permanecían recelosas, prestas a inflamarse ante el menor incidente en que el amor propio nacional estuviera en juego y a exigir a sus hombres políticos la ruptura de un acuerdo juzgado humillante y hasta deshonesto.

La reconciliación de los vencedores y de los vencidos no resulta nunca fácil. El orgullo de los ingleses de aquella época, que estalla en el famoso discurso de Palmerston «civis britannicus sum», convertía en penosa una colaboración con unos compañeros de ruta tan susceptibles. Por muy anglófilo que fuera, Guizot, autor de la primera «Entente» franco-inglesa, vió ésta vacilar por las afrentas que sufrió el farmacéutico Pritchard, luego derrumbarse con motivo de los matrimonios de Isabel II y de su hermana la Infanta Luisa Fernanda. La alianza de Napoleón III no sobrevivió más que unos años a la victoria de Crimea. Fué preciso esperar el siglo XX, con Delcassé y Eduardo VII, para que la «Entente» cordial renaciera después de que los dos países hubieran rozado la guerra en ocasión de la crisis de Fachoda.

La resistencia común a la «Weltpolitik» de la Alemania imperial, luego la primera guerra mundial, modificaron sensiblemente ese clima de hostilidad. Pero la confianza no ha sido nunca total, incluso cuando los ejércitos luchaban hombro con hombro contra el enemigo común.

Los prejuicios que se habían formado en la conciencia nacional de ambos pueblos en el curso de sus luchas seculares podían difuminarse, dar la impresión de que habían desaparecido enteramente. Pero que surja un incidente, que divergencias de intereses opongan en un punto a los dos países, y de nuevo aflora a la superficie el viejo recelo e incluso a veces la vieja hostilidad.

*La segunda «Entente» cordial.*

Para que estos sentimientos pudieran ser superados a principios del siglo, fué preciso que una hostilidad mayor animara a las dos naciones contra una tercera potencia. Para Francia, desde 1871, Alemania era la enemiga. No se podría llegar a ninguna «entente» franco-alemana, se estimaba en París, mientras el Imperio de los Hohenzollern no reparase las injusticias del tratado de Francfort y no devolviera la Alsacia-Lorena. La alianza franco-rusa había tranquilizado a los hombres de Estado de París en cuanto a sus posibilidades de resistir a la agresión germana, pesadilla de sus antecesores bajo Bismarck. El acceso al quai d'Orsay del periodista Delcassé, resuelto a extender la dominación francesa sobre Marruecos y a poner fin a la prepotencia alemana en Europa—aunque fuera al precio de una crisis que hubiera permitido reconquistar Alsacia-Lorena—señala un cambio importante de la política exterior francesa. Para llevar a cabo esta gran política, Delcassé necesitaba el apoyo inglés. Laboró para poner término a las querellas coloniales que, desde el principio de la expansión francesa, oponían su país al Imperio británico y para obtener un acercamiento franco-inglés.

Lo consiguió porque Inglaterra, que después del gran período victoriano acababa de descubrir en Africa del Sur su debilidad militar, se preocupaba de los proyectos marítimos de Guillermo II y del Almirante von Tirpitz y de la competencia victoriosa que los industriales y los comerciantes alemanes hacían a sus colegas británicos. Después de haber tanteado a Alemania, en tiempos de Joe Chamberlain, para concluir una alianza restringida, los hombres de Estado inglés, a partir de 1904, se inclinaron hacia una «entente» con Francia. Así se fraguó, menos por amistad entre las

dos naciones liberales que por recelo hacia la Alemania demasiado dinámica de Guillermo II, la segunda «Entente» cordial que su unión con el Imperio del zar arrastró a la primera guerra mundial, que había de ser tan nefasta para Europa.

Lo mismo que sus enemigos, Francia e Inglaterra volcaron todas sus fuerzas en la enorme lucha que habían emprendido. La comunidad de intereses, puesta en evidencia por una propaganda sin precedente, aproximó a los dos pueblos aliados, al mismo tiempo que los alzaba contra el adversario. Sin embargo, esta amistad era demasiado reciente para no tener fallos.

En tanto que la prensa francesa celebraba al unísono con los hombres de Estado de la III República la generosidad de Inglaterra, que había entrado en el conflicto para salvar a la pequeña Bélgica, y la valentía de los «Tommys», los «poilus» franceses criticaban amargamente a los soldados de Su Majestad que no querían combatir, decían, si no tenían su té, sus bistecs y la posibilidad de tomar su baño y afeitarse. Estos reproches fútiles reflejaban los sentimientos de los combatientes franceses a quienes chocaban costumbres extranjeras de aliados juzgados por ellos demasiados delicados. Por otra parte, el soldado francés de 1918 tenía tendencia a creer que había estado solo en los «golpes duros», en tanto que sus aliados estaban en los sectores tranquilos. Se mofaba gustosamente de los italianos y de los ingleses a causa de Caporetto y del desastre del ejército Gough, sin pensar que en Charleroi, en Morhange y en el Chemin-des-Dames los franceses habían sufrido reveses casi tan sensibles como aquellos. No era ésta, naturalmente, la interpretación de los ingleses. Estos apreciaban más el papel de su flota que había asegurado el bloqueo que había desmoralizado a los pueblos de Europa central. Estimaban que la coalición de las democracias se había fortalecido a medida que el ejército británico se había desarrollado. Por ambas partes, aun celebrando las virtudes de los «gloriosos aliados», no escaseaban las reservas mentales.

Estas divergencias eran propias de los comparsas del drama histórico de la guerra, pero, llegada la paz, hicieron mella en los jefes. En Versalles, frente a los franceses orgullosos de su victoria y maltrechos por los inmensos sacrificios que ésta les había costado, David Lloyd George y la mayoría de sus colaboradores sintieron despertarse el viejo recelo inglés ante el imperialismo de ultra Mancha. Detrás de Poincaré y Clemenceau volvieron a ver la sombra de los leguleyos de las Cámaras de reunión de Luis XIV y detrás de Foch la de Bonaparte. Las peticiones de garantías en

el Rhin les parecieron inspiradas por el viejo sueño de las fronteras naturales. En estas condiciones, como se lo dijo crudamente a Clemenceau el brujo galés, Inglaterra, para ser fiel a su tradicional política de equilibrio europeo, debía cambiar sus posiciones. Sostuvo la Alemania desarmada contra la Francia militarista y anexionista. Y trató menos de que los vencidos pagaran reparaciones que de levantar su economía para permitir una reanudación de los intercambios comerciales, de los que andaba muy necesitada la industria inglesa.

Este cambio súbito indignó a los franceses, que, a su vez, descubrieron que la implacable Albión no había cambiado. Inglaterra, se decía en París, se había servido de Francia para arruinar el poderío naval alemán que la asustaba. Lograda esta meta—la vuelta de Alcacia-Lorena a la madre-patria constituyendo una especie de comisión al aliado continental—, Inglaterra tornaba a su egoísmo tradicional y a su francofobia no menos tradicional. No fué la garantía dada por Inglaterra, conjuntamente con los Estados Unidos, contra una agresión alemana, luego retirada cuando el Congreso americano se hubo negado a ratificar los compromisos del Presidente Wilson, lo que restableció la confianza entre los antiguos asociados de la «Entente» cordial.

Por su parte, los ingleses podían quejarse del abandono de los franceses en la lucha emprendida contra el nacionalismo turco y su jefe Mustafa Kemal para mantener en vigor el Tratado de Sèvres. Con despiadada dureza, Inglaterra había procedido al desmembramiento del viejo Imperio otomano, que durante tanto tiempo había protegido contra las ambiciones rusas. Reducida a la Anatolia y a un minúsculo sector de Europa, Turquía, como Austria, ya no tenía más que un territorio irrisorio después de haber sido uno de los mayores imperios del mundo mediterráneo. Que esta brutalidad, al empujar hacia resoluciones desesperadas a un pueblo orgulloso de un gran pasado, haya sido una torpeza, no cabe la menor duda. Pero los aliados habían aceptado el desmembramiento otomano. No obstante, cuando Kemal Pacha obtuvo los primeros éxitos, los franceses renunciaron a la lucha y enviaron emisarios para tratar con el Ghazi. Londres no podía aceptar este gesto sin ira.

La alianza franco-inglesa, constituida contra el peligro alemán, así se disolvía en un clima de acritud, mientras que, de vez en cuando, discursos pomposos pronunciados en los cementerios aún proclamaban la fraternidad de armas y los ideales comunes.

El desacuerdo franco-inglés alcanzó su punto cumbre cuando los fran-

ceses ocuparon el Ruhr. Los conservadores, entonces en el poder en Londres, volvieron a ver en el áspero Poincaré al representante del eterno imperialismo francés empeñado en extender sus fronteras siempre más hacia el Este. Liberales y laboristas se aunaban contra el golpe de fuerza de Francia. Bien es verdad que en Francia la izquierda no escatimaba las críticas indignadas por la política de fuerza del jefe del Bloque nacional. Los hombres de Estado inglés deseaban por este motivo que la izquierda asumiese el gobierno en París. ¿Se limitaron a hacer votos platónicos para lograr tal resultado? Me han repetido comentarios de Poincaré que manifestaron que el antiguo Presidente de la República estaba preocupado por las cantidades de dinero venidas de Inglaterra para subvencionar las campañas de prensa contra el nacionalismo francés. Jamás dinero fué gastado con más tino. Las elecciones de mayo de 1924 eliminaron la mayoría nacional de la Cámara de los diputados franceses y llevaron al poder al Cartel de las izquierdas. Los fantasmas del imperialismo francés en el Rhin se desvanecían.

La visita de Eduardo Herriot a Ramsay Mac Donald, poco después de constituirse su primer ministerio, así como el abandono de la ocupación del Ruhr provocaron una mejora de las relaciones franco-inglesas, pero no un restablecimiento de la alianza. Decepcionadas y recelosas, Inglaterra y Francia buscaron un apoyo en otras combinaciones diplomáticas.

### *La comunidad anglo-sajona y Europa.*

La Inglaterra de 1924, que se debatía en las dificultades económicas y sociales consecutivas a la guerra y a la pérdida de parte de sus mercados de exportación, comprendía que ya no podía dominar sola los mares del mundo. Tenía que adaptarse a una situación nueva, compartir la soberanía que ya no podía asumir sola. Creyó dar con la solución reforzando la solidaridad del mundo anglo-sajón, no sólo fortaleciendo la Comunidad británica en el plano político y económico, sino también entendiéndose con los Estados Unidos de América. «Somos de la misma sangre», decían entre sí las grandes fieras de Kipling. Aunque era preciso hacer serias reservas en cuanto a la pureza étnica de los americanos del Norte, había entre los Wilson y los Harding de Washington y los Baldwin y los Mac Donald de Londres un indiscutible parentesco que venía a reforzar la comunidad de lengua y de civilización.

La idea de fortalecer las relaciones anglo-americanas, incluso al precio

de la ruptura de las alianzas concluidas con potencias de otra raza, fué aceptada por todos los grandes partidos ingleses. Los dirigentes laboristas que acababan de acceder al poder por primera vez en la historia de Inglaterra, se habían formado en el curso de las batallas sindicales y de las luchas ideológicas. Sindicalistas, periodistas o profesores, tenían, en general, pocos contactos con los países extranjeros, ignorando frecuentemente los idiomas extranjeros. Por tanto, se sentían muchos más a gusto con los hombres políticos americanos, aunque fuesen capitalistas endurecidos, que con los europeos, incluso si éstos se proclamaban socialistas. Los conservadores, que percibían la debilitación de Inglaterra después de una guerra agotadora, imaginaban el mito del bloque anglo-sajón para apuntalar la idea-fuerza del Imperio de Disraeli y de Joë Chamberlain. Algunos que, como Churchill, americano por su madre, se percataban más íntimamente del parentesco, abogaban con calor en pro de la causa de la alianza entre Londres y Washington. En gran parte fueron atendidos. En la Conferencia de Washington, los conservadores ingleses abandonaron a su aliado japonés para practicar una política común con los Estados Unidos y compartir con ellos el dominio de los mares. Japón se calló ante esta ruptura, pero conservó un sordo rencor que, más tarde, los anglo-sajones habían de pagar a crecido precio. Los sectores tradicionalistas de Francia, cuya decadencia en cuanto gran potencia marítima consagraban los acuerdos, no estaba menos dolida por el desdén que sus antiguos aliados mostraban respecto a ella. Pero la opinión inglesa no se conmovía exageradamente por este mal humor. Comparadas con las ventajas conseguidas por Balfour, tales gruñidos representaban poca cosa.

La tendencia del Gobierno de Londres a armonizar su política con los propósitos y los intereses de los hombres de Estado de sus dominios y de Washington, tuvo importantes repercusiones en su política europea. Al tener que maniobrar en el damero mundial, tener en cuenta la India, Japón y China tanto como el Ruhr, concedió menos importancia a los asuntos de Europa. Lo esencial era tener paz en el continente vecino de las Islas Británicas, aunque fuese a costa de algunos desgarrones del estatuto de Versalles. Cuando en la época del pacto de Locarno, Francia y Alemania parecieron llegar a un entendimiento, el *tory* Austen Chamberlain favoreció esa política. Inglaterra concedió su garantía a las fronteras de la Europa occidental tales y como habían sido fijadas en el Tratado de Versalles, pero negándose a asumir los mismos compromisos respecto a las del Este, susceptibles de acarrear un conflicto con el Reich. Con los laboristas, el interés por

Europa disminuyó aún más. Practicando una política de buenas relaciones un poco distantes con los Estados europeos, Henderson evitaba mezclarse en los asuntos continentales que lo arrastraban automáticamente a un avispero.

Por el contrario, Francia abandonada por los anglo-sajones trataba de pasar sin ellos. Poincaré había querido imponer sus puntos de vista a Europa. Había sido desautorizado. A partir de 1925, fecha del regreso de Aristide Briand a la dirección del Ministerio de Asuntos Exteriores, se esforzó en edificar un nuevo equilibrio europeo reconciliándose con su vecina del Este del Rhin. Cierto es que desde las guerras de la revolución y del Imperio, y más aún desde «el año terrible», su opinión pública consideraba con una mezcla de odio, de temor y de admiración al pueblo poderoso y un tanto misterioso que su dinamismo y su disciplina hacían capaz de trastocar a Europa. La cuestión de Alsacia-Lorena había hecho imposible la reconciliación de los dos pueblos deseada por Bismarck, y, posteriormente, a veces, por el veleidoso Guillermo II. Sin embargo, en ocasión de la conquista de su Imperio colonial, la República francesa había aceptado en más de una circunstancia el apoyo implícito de Alemania para resistir las presiones y las amenazas del imperialismo inglés.

Después de Versalles, el acercamiento franco-alemán se hizo más fácil para la opinión francesa. La cuestión de Alsacia-Lorena ya no se planteaba para Francia. Briand se apegó, pues, a incorporar a Alemania en la Europa francesa de Versalles, aliviando sus cargas, como recompensa de los gestos —o de los discursos— de buena voluntad de los hombres de Estado de Berlín. Si Alemania, después de haber conocido las ruinas y las miserias de la guerra y de la ocupación, volvía a hallar su prosperidad de antaño y comprendía que la paz era más provechosa que la guerra, la idea de revancha se disiparía más allá del Rhin. Una asociación franco-alemana fuerte por la potencia militar francesa y por la enorme industria franco-alemana, podría ejercer una acción irresistible en el continente europeo mismo y permitir discutir de igual a igual con el bloque anglo-sajón o la misteriosa Rusia bolchevique que, después de violentas convulsiones, parecía haber hallado el medio de perdurar. Así, según el movimiento pendular que se observa en la política francesa del siglo pasado, Francia se alejaba de Inglaterra acercándose a Alemania. El enemigo de ayer aún parecía preferible que la ingrata aliada de la víspera.

La política de Briand contaba con tantos apoyos en el país que cuando Poincaré volvió a tomar el poder en 1926, para salvar el franco de una quiebra total, tuvo que conservar en el Quai d'Orsay al hombre de Locarno,



defendiendo con su gran autoridad, de los ataques de la extrema derecha, unos conceptos opuestos a los de ésta. Briand confiaba en que su obra se vería coronada por la constitución de una Unión europea que propuso oficialmente en Ginebra en septiembre de 1929. Según este plan, Inglaterra tenía su lugar en la comunidad europea. Pero esta proposición no entusiasmó en absoluto a los hombres de Estado laboristas, que habían de volver al poder en 1929. Por otra parte, tendía demasiado abiertamente a mantener las fronteras de 1919 para interesar a los pueblos descontentos, como Alemania e Italia, que esperaban modificar en su provecho la Carta de la Europa de Versalles. Así se explica el fracaso del proyecto de Briand. No pudiendo unirse, Europa iba a volver a sus querellas y a sus guerras. El 14 de septiembre de 1930, la elección de ciento siete diputados nacionales-socialistas, señalaba el inicio del final de la cooperación franco-alemana. La ampliación a Europa de la crisis americana iba a volver a los pueblos hacia los hombres de Estado que preconizaban «el egoísmo sagrado» y la ley de la jungla. La fuerza había de decidir si—según la teoría de Mussolini—eran los «pueblos jóvenes» o los «pueblos ahitos» quienes volverían a hacer a Europa.

#### *El peligro hitleriano restablece la alianza franco-inglesa.*

La presión del nacionalismo en Alemania y en Italia y los progresos industriales de una Rusia que fomentaba la agitación revolucionaria en las colonias europeas, habían de suscitar la inquietud de las viejas potencias de Europa occidental. Sin duda, éstas estaban en decadencia desde 1919, pero les resultaba tan difícil esperar pasivamente el asalto de los jóvenes Estados con prisas por sucederles, como aceptar gustosamente la eliminación de su influencia en el mundo o verse relegados a un segundo término. Por otra parte, las fuerzas ideológicas hostiles al facismo animaban a los gobiernos a resistir al «chantaje de los Estados totalitarios», incluso a minarlos, gravitando sobre su economía y sosteniendo contra ellos los elementos liberales y revolucionarios. Francia, obsesionada por el recuerdo de las invasiones alemanas y por la fragilidad de sus fronteras, era la más sensible al éxito de los nacionalistas alemanes. Pero conscientes de la debilidad de su situación demográfica, muchas buenas personas consideraron que una nueva hecatombe acarrearía la ruina definitiva. La virulencia de las querellas de partidos acababa de tornar vacilantes a sus hombres de Estado. Si Hitler hubiese adoptado una actitud hostil, la opinión hubiera aceptado, sin

duda, una solución de fuerza. Pero el Canciller hablaba de «enterrar el hacha de guerra» y protestaba de su deseo de evitar la guerra. ¿No cabía la posibilidad de que el poder lo hubiera tornado sensato?, se preguntaban los vacilantes. ¿Qué se perdía adoptando la fórmula anglo-sajona de «esperar y ver»? Esta inmovilidad respondía demasiado a la esencia de una democracia en que las fuerzas contrarias se anulan para no ser adoptada.

Por su parte, los conservadores ingleses, a quienes la crisis de la libra había permitido volver a los asuntos en asociación con los laboristas de unión nacional, luego prescindiendo de ellos, mostraban una cierta indulgencia hacia los nacionales-socialistas alemanes que tenían el buen gusto de reconocer el predominio naval británico y las eminentes virtudes raciales de su pueblo. Preocupados, por supuesto, de no dejar que Berlín cometiera el mismo error que en 1914, Stanley Baldwin proclamó que la frontera de Inglaterra estaba en el Rin. Pero lo mismo que sus antecesores, se negaba a verlas en el Danubio o en el Vístula. La política inglesa apuntó, pues, a frenar las iniciativas que París pudiera tomar en el Continente. Los hombres de Estado francés, sabedores de que el apoyo inglés les resultaba indispensable en caso de conflicto con el Reich, se resignaron bastante fácilmente a planear combinaciones diplomáticas, que languidecían rápidamente, o a lanzar protestas ruidosas contra los golpes de fuerza del Führer. El rearme alemán, la remilitarización de la Renania, la reunión de Austria a Alemania, incluso, dieron lugar a la repetición de la misma escena entre los gobiernos de París y de Londres. Los franceses protestaban, se preguntaban cómo se podía reaccionar contra los nazis, pero no pasaban a la acción. En ocasión del retorno del ejército en Renania, Albert Sarraut declaró que Francia no podía admitir que Estrasburgo permaneciera al alcance de las cañones alemanes. Pero Baldwin le hizo llegar rápidamente consejos de moderación. Inglaterra bien quería defender a Francia contra una agresión germánica, pero no aceptaba desencadenar una guerra para impedir a los soldados alemanes que volvieran a una provincia alemana. ¿Bastaron esos consejos prudentes para convencer Albert Sarraut de la necesidad de aceptar los hechos consumados? No es muy seguro. Varios partidos se oponían en Francia a una aventura guerrera. Los jóvenes soldados sólo tenían un deseo muy moderado de lanzarse al asalto de las fortificaciones renanas. No es seguro que el Gobierno de París no haya adoptado en la circunstancia la actitud del héroe marsellés, celebrado por los humoristas franceses que dice: «Sujetadme o hago una barbaridad».

Sin embargo, estas crisis reiteradas y los ecos ruidosos de los triunfos hitlerianos, provocaban en Europa occidental indignaciones y, al mismo tiempo,

temores. Parte de la opinión pública francesa se negaba a dejarse ofender una vez más. La otra soñaba con exterminar la herejía hitleriana, aprovechando la oportunidad que brindaba el Anschluss. Cuando Alemania planteó el problema de los sudetes, que era también el del desmembramiento de Checoslovaquia, el Presidente del Consejo, Daladier, decidió prestar ayuda a Bénès. Inglaterra se vió entonces expuesta a ser arrastrada a esta guerra por las fronteras orientales y las alianzas eslavas de Francia, que durante mucho tiempo había considerado como la manifestación del espíritu de hegemonía galo. Su Primer Ministro Neville Chamberlain, *gentleman* largo, seco, correcto y aburrido, pero también notable financiero que había dirigido con habilidad el resurgimiento económico de Inglaterra, deseaba ahorrar a su país una nueva guerra que hubiera arruinado su obra. Acaso conocía también la superioridad alemana militar y aérea y quería aplazar la crisis para dar a su pueblo la oportunidad de rearme. Asumió la responsabilidad de negociar con Hitler y se trasladó personalmente a Alemania. Sin duda, dió cuenta después a sus aliados franceses, —como a sus colaboradores británicos— de sus penosas entrevistas con el dictador. Pero la dirección la llevaba él. La «Eutente» anglo-francesa que se reconstituía por buenas o por malas frente al peligro alemán, ya no se establecía en plan de igualdad: era el Premier inglés quien conducía el juego. Inglaterra, más fuerte y unida, más prudente también, tenía, sin duda, derecho a obrar así. Pero la alianza occidental se convertía un tanto en la del jinete y el caballo. Era a Francia a quien correspondía el papel de caballo.

Esta política condujo a los acuerdos de Munich. En la época de su firma, embriagaron de alegría a los pueblos de Europa que veían retroceder ante ellos el peligro de la guerra y llenaron de furor a todos los partidarios de un conflicto ideológico. Cuando al fin la guerra acabó por estallar, al ver justificadas sus previsiones por los acontecimientos, Munich ha sido interpretado como una capitulación vergonzosa. Toda vez, cabe preguntarse si este aplazamiento del drama europeo no ha prestado un servicio a los occidentales cuya impreparación militar había de ponerse de manifiesto un año después. Es cierto que el abandono, por parte de Francia, de la integridad del territorio checo era humillante para el orgullo nacional galo. Pero el retorno de los alemanes de los Sudetes a su patria, de conformidad con el principio de las nacionalidades, ¿merecía la pena de poner a Europa a sangre y fuego y acelerar su ruina? Muchos franceses no lo estimaban así y lo demostraron aclamando a Daladier que regresaba a París temiendo manifestaciones de indignación patriótica. Sin embargo, en el Quai d'Orsay, como en una parte del mundo po-

lítico, la quiebra de la política francesa en Europa central despertó iras mal disfrazadas. Del mismo modo, en Inglaterra, conservadores celosos del prestigio nacional o partidarios de la seguridad colectiva y del reinado del derecho, deploraban que su jefe hubiese aceptado una transacción poco gloriosa con el caudillo germánico. Frente a los Gobiernos de Londres y de París, que buscaban la paz o el tiempo de rearmar, aunque fuese a costa de concesiones humillantes, se formó un partido decidido a afrontar la prueba de fuerza con los nazis, cualesquiera que fuesen las consecuencias. Hombres de indiscutible talento, cuales Churchill, Eden, Duff Cooper, por una parte, Paul Reynaud y Georges Mandel, de otra, abogaban a favor de la tesis de la intransigencia. Tal vez no hubieran llevado las de ganar si la ocupación del protectorado del Reich sobre la Bohemia-Moravia no hubiera roto los contactos entre los signatarios de Munich.

La reacción contra la ruptura de los compromisos fué aún más violenta en Londres que en París. Neville Chamberlain desempeñó el papel de cándido, después de haber representado el de mensajero de la paz. De ninguna manera quiso reanudar el diálogo con Hitler. Las garantías que dió, con una prontitud no exenta de peligros, a todos los países que juzgaba amenazados por las ambiciones germánicas, concluían por crear tantos focos de guerra. Chamberlain trazaba en torno a Hitler un nuevo círculo de Popilio. De traspasarlo el Führer en un punto, tropezaba con la guerra. La vieja Inglaterra resuelta e implacable de Pitt renacía de modo inesperado con ese viejo *gentleman* correcto que, pocos meses antes, había parecido inspirado por el noble ideal pacífico. Pero el legado Popilio, al blandir el puñal de Roma, hablaba en nombre de una potencia militar sin rival. Chamberlain, aparte de la flota inglesa, sólo tenía un ejército en formación y una aviación en vías de organización. La protección que extendía sobre las fronteras continentales de Europa oriental, que sus antecesores jamás quisieron garantizar, era más bien aleatoria. Pero persuadidos de que una declaración rotunda de Lord Grey hubiera retenido a los dirigidos del Imperio alemán en el camino de la guerra en 1914, los ingleses trataban de impedir un nuevo error psicológico de Berlín y proclamaban altamente sus intenciones de tirar esta vez de espada, si la Wehrmacht salía de las fronteras. Mas creer que tales amenazas habrían de detener a un Hitler, como hubiesen detenido a Bethmann-Holweg, era cometer una grosera confusión. No hay seguridades de que la cometieran los hombres de Estado inglés. Para ellos, desde el asunto de Praga, la guerra era inevitable. Por adelantado, se enfrentaban con ella sin temor.

En apariencia, Francia tenía la misma resolución. De hecho, su diploma-

cia estaba cada vez más a remolque de Inglaterra. En el Quai d'Orsay, en la prensa, la influencia inglesa se hacía preponderante. En los consejos de Gobierno, el convencimiento de que un nuevo Munich era imposible, llevaba a seguir la política de Londres. Los franceses no ponían en duda que su ejército, victorioso en 1918, no fuese el más fuerte del mundo. No obstante, la perspectiva de comprometer más aún una situación demográfica ya escasamente brillante, contrariaba el entusiasmo guerrero. Las alianzas con los pequeños Estados eslavos se imponían como poco sólidas a la hora de la verdad y preciso era volver a «la apisonadora rusa» que tantas esperanzas había despertado entre los franceses antes de 1914 y que, en todo caso, había contribuido al Marne por retener divisiones alemanas en el Este. En 1934, Barthou ya había abierto el camino a una nueva «entente» franco-rusa. La violencia de las campañas comunistas contra Hitler y contra los partidarios de Munich dejaban esperar que la U. R. S. S. se adheriría con júbilo a la coalición antihitleriana. La iniciación de las negociaciones entre las misiones militares occidentales y Rusia suscitó la esperanza del pronto establecimiento de una alianza capaz de impresionar a Alemania. En efecto, era aquélla una coalición tan temible que la diplomacia alemana llevó a cabo todos sus esfuerzos para que fracasara. El maquiavelismo de Stalin cooperando, lo consiguió. El pacto de no agresión germano-ruso privaba a los aliados de la esperanza de operaciones en dos frentes. Por falta de un fuerte ejército inglés, recaía sobre el ejército francés todo el peso de la guerra.

Esta perspectiva—cuando la superioridad de la aviación alemana de Goering sobre la francesa no era un misterio—impresionaba a ciertos responsables franceses. Se vió, pues, a Daladier y a su Ministro de Asuntos Exteriores Georges Bonnet seguir, por una parte, la línea política de firmeza de los británicos y animar a los polacos a resistir en la cuestión de Dantzig, y de otra, buscar con Hitler la solución pacífica de la crisis. Es así como el Presidente del Consejo francés y el Führer de Alemania intercambiaron cartas que no dejaban de recordar—pero con menos sutileza—los diálogos que Jean Giraudoux había compuesto pocos años antes en su «Guerra de Troya no tendrá lugar» para mostrar cuán impotentes son los hombres para detener el destino en marcha. Los llamamientos patéticos del hombre de Estado francés no lograron que Hitler renunciara a su designio y las seguridades dadas por el Führer de que no pedía nada a Francia, no llevaron los dirigentes de la III República a aconsejar a los polacos que no se mostraran intransigentes por un estatuto que, desde el Tratado de Versalles, todo el mundo en Europa había declarado absurdo. Para ello hubiera sido preciso, por una parte, que Daladier y Bonnet no hubieran

temido los ataques furiosos que los comunistas, los demócratas y los nacionalistas antihitlerianos lanzaban contra ellos desde Munich, y, por otra, que hubiesen tenido la audacia de separarse de Inglaterra. Pero Francia se hubiera encontrado aislada en Europa frente a una Alemania en la que, desde el asunto de Praga, no se podría tener gran confianza. Por buenas o por malas, tenía que seguir a su aliada en la vía de las aventuras peligrosas, después de haber sido frenada por ella cuando hubiera podido reaccionar, sin grandes riesgos, contra los primeros golpes de fuerza hitlerianos. Condenada a la abulia por el desbarajuste de su democracia y las divisiones de su pueblo, permanecía fiel a lo que André Tardieu había definido como «la política del perro muerto que se lleva el agua». Sus hombres de Estado seguían el impulso inglés, rezongando para sí mismos, tratando vagamente, al último minuto, de provocar una nueva conferencia, como lo sugería Italia, también ella enloquecida por la perspectiva de un conflicto que no estaba en condiciones de afrontar. Pero Inglaterra estaba tan resuelta a no ceder a la agresión, como Alemania a recobrar Dantzig. Ante las noticias de las primeras operaciones militares, Neville Chamberlain declaró la guerra al Reich. Unas horas después, sin atravesarse a plantear claramente la cuestión ante el Parlamento, el Gobierno francés lanzaba a su vez su declaración de guerra. Había en este retraso como un pesar y un temor. Un cercano porvenir había de justificar estos sentimientos.

#### *La crisis de 1940-44.*

Desde la guerra anterior, jamás había sido tan popular la alianza franco-inglesa en ambos países como en los meses que precedieron al nuevo conflicto. La visita del Rey de Inglaterra a París, la del Presidente Lebrun a Londres, habían permitido manifestar una real amistad. Sin embargo, todo ello se vio amenazado en los primeros meses de operaciones. El aplastamiento de Polonia por Alemania contrastaba brutalmente con la blandura de la ofensiva francesa en el Sarre y la inacción inglesa. ¿Por qué mostrarse tan intransigentes si no se estaba preparado? ¿Para qué esa «extraña guerra»? se preguntaba la opinión francesa. Renacían los agravios contra el amor al *confort* de los soldados ingleses. La hábil propaganda de Goebbels clamoreaba por las ondas de Radio Stuttgart que los ingleses harían la guerra hasta el último soldado francés. Este *slogan* hacía mella, porque correspondía a un viejo convencimiento de los franceses. Bien es verdad que durante este tiempo se acentuaba la influencia inglesa sobre el Gobierno de París. Una intriga parlamentaria provocaba la sustitución de Daladier, anglófilo tibio, por Paul Reynaud, anglófilo convenci-

do. Pese a un acogida muy fría de la Cámara (que sólo le concedió un voto de mayoría), éste se apresuró a estrechar los lazos entre París y Londres. Poco después empezaban los desastres aliados.

La invasión alemana de Escandinavia, luego la fulminante ofensiva de mayo-junio de 1940 y el derrumbamiento francés volvieron a ponerlo todo en tela de juicio. Por parte francesa, la retirada del ejército inglés en plena batalla y la negativa a lanzar la aviación inglesa en el cielo de Francia en los últimos días de la campaña constituían un increíble abandono. Para los ingleses, la desbandada del ejército francés representaba una penosa sorpresa. Churchill, que había tomado el poder en aquellas horas sombrías, propuso fundir en un solo Estado Inglaterra y Francia. Esta proposición extraña chocó a los franceses. Despertaba los viejos recuerdos escolares de la guerra de los Cien años y del Tratado de Troyes. ¿Iba Francia a caer no ya al rango de dominio británico, sino volver a los tiempos de Enrique V en el momento en que las tropas británicas abandonaban Dunquerque? Los hombres políticos franceses, incluso los más anglófilos, no se tomaron en serio una propuesta más simbólica que profunda. Que el recelo de Churchill hacia el Mariscal Pétain y sus colaboradores se acrecetara por ello, no es dudoso. Los ingleses habían ido a la guerra en la creencia de que el ejército francés desempeñaría el mismo papel que en 1914. Su descomposición demostraba que los jefes militares franceses habían sido unos fanfarrones o unos incapaces—o ambas cosas—. Y ahora estaban en tratos con el enemigo. ¿Hasta dónde no irían para mejorar la suerte de su país? El descendiente de Malborough llegó a pensar que, pese a las seguridades que le daban Pétain y Darlan de no entregar jamás la flota al enemigo, el nuevo Gobierno francés podía volverse contra Inglaterra. Para prevenirse contra ese peligro y presentar un éxito a la opinión inglesa, mandó atacar los buques franceses anclados en Mers el Kébir por los barcos y los aviones ingleses. Desde Napoleón, los barcos ingleses no habían vuelto a cañonear los franceses. Mers el Kébir reanudaba con la tradición de Boscawen y de Trafalgar en la historia naval inglesa: sin duda, estaba más cerca del «atentado de Boscawen» que de otro combate leal.

En otros tiempos, esta agresión hubiera bastado para que Francia declarase la guerra. Ciertos Ministros de Pétain lo propusieron. Pero el viejo soldado, si bien quería suavizar la suerte de Francia ocupada por el ejército del vencedor no consintió en trastocar las alianzas. Temeroso de la hegemonía alemana, aceptaba dar satisfacciones a Hitler, aunque sin comprometer a Francia a su lado en una lucha contra su aliada de la víspera. Como todos los débiles, había de practicar una política ambigua que dejase a salvo todas las

perspectivas de porvenir. Su actitud, al rozar la duplicidad, carecía ciertamente de grandeza. No obstante, tenía la doble ventaja de evitar nuevas aventuras en un momento en que el país estaba en el punto más bajo de su historia y de preservar la integridad del Imperio colonial. La desgracia fué que esa neutralidad forzada era difícil de mantener entre dos adversarios entregados a una guerra total. Si las potencias del eje Roma-Berlín carecían de medios navales para adueñarse de las colonias francesas, los británicos no carecían de ellos y podían fácilmente atacarlas.

La constitución del Comité de la Francia combatiente, presidido por el general de Gaulle que proclamaba su voluntad de proseguir la lucha al lado de Inglaterra, favorecía esas maniobras. Permitía al Gobierno inglés, de una parte, intervenir las colonias francesas que se unían a él, y, por otra, tratar de adueñarse por la fuerza de las que seguían siendo fieles al «Estado francés». Muy pronto el «gaullismo» había dividido a los franceses: a los partidarios de Pétain, que aceptaban el armisticio y luego la colaboración como males necesarios, se oponían los partidarios de la guerra a ultranza. Durante el verano de 1940, los primeros eran numerosos. Su influencia, como la popularidad del Mariscal, menguó a medida que las posibilidades alemanas de vencer iban disminuyendo y se acrecentaban las de los ingleses, reforzados por los rusos y americanos. Con el ensañamiento que los caracteriza en sus luchas políticas, los franceses se dividieron más que nunca. Se vieron anglófilos por germanofobia y germanófilos por anglofobia. Entre estos dos polos, la masa oscilaba según los acontecimientos. El temor a Alemania hitleriana hacía que muchos desearan la victoria inglesa. Pero las expediciones contra las colonias francesas, el ataque fracasado contra Dakar y posteriormente la campaña de Siria, produjeron en la Francia de Vichy, incluso entre los germanófobos, una impresión deplorable.

El asunto de Siria, en particular, era sintomático. El partido colonial inglés, a raíz de los Tratados de Sèvres y de Versalles, había intrigado contra la presencia de Francia en el Levante que estorbaba su sueño de constituir un gran reino árabe bajo la dirección de los Hachemitas, vasallos de Inglaterra. La guerra y la tensión entre Londres y Vichy, ¿no brindaba una magnífica ocasión para resolver la cuestión del modo más favorable para los intereses ingleses? El hecho de que aviones alemanes, en vuelo hacia el Irak, hubieran podido aterrizar en los aeródromos de Siria y del Líbano, con el consentimiento del Gobierno francés, permitió a los ingleses organizar una campaña fácil contra territorios cortados de la metrópoli. El apoyo de un contingente de la Francia libre permitía, por otra parte, mantener en equívoco: se trataba de echar a los



traidores de Vichy y no a Francia. Oficialmente, Francia seguía presente en esos países después de haberse comprometido a realizar reformas liberales. Pero pocos observadores creían que los Anzacs habían llevado a Damasco una cruzada en pro de la emancipación de los sirios. Las tropas fieles al Mariscal Pétain que se habían replegado hacia el Norte de Africa daban muestras de una furiosa hostilidad contra los ingleses y sus asociados franceses. En cambio, el drama sirio emocionaba poco la opinión metropolitana que deseaba ante todo el fin de la ocupación y de las privaciones que la acompañaban. Para ella—y Pétain también lo pensaba—la salvación había de venir de América. Pero no ver la estrecha unión existente entre Roosevelt y Churchill y la debilidad que Roosevelt manifestaba por Rusia comunista, querer realizar una revolución nacional autoritaria con el acuerdo de los paladines del liberalismo constituían singulares ilusiones. Los Estados Unidos hicieron el doble juego de la ayuda a Vichy y de la preparación del desembarco en Africa, con el acuerdo de Inglaterra que se contentó con ocupar un segundo plano. Si los americanos llegaron los primeros a Casablanca y a Argel con el General Giraud, los ingleses no tardaron en instalarse a su vez y a instalar a su aliado, el General de Gaulle.

En resumidas cuentas, la victoria que acompañaba las banderas aliadas hicieron que se perdonara en 1943 lo que se había llamado felonía en 1940. Las decisiones de Churchill de concentrar su aviación y su ejército en un archipiélago aparecían como geniales. «La Royal Air Force, al ganar la batalla de Inglaterra, había salvado al mundo». Los franceses al creer en la victoria aliada, esperaron la liberación con una fe impaciente. Llegó. Los partidarios de la alianza con Inglaterra y Rusia triunfaron, mientras que de Gaulle recorría los Campos Elíseos entre aclamaciones y que Churchill era recibido como un héroe en el Ayuntamiento. La crisis de la «Entente» franco-inglesa estaba superada después de haber rozado la guerra.

### *La nueva alianza.*

A decir verdad existía una desproporción sensible entre Inglaterra, crecida por sus victorias y representando una fuerza aún considerable, pese a las pérdidas que había sufrido, y Francia cuya flota había desaparecido, que sólo contaba con algunas divisiones, en gran parte coloniales, y cuyo país había sido devastado por los bombardeos y por las operaciones militares, sin mencionar los odios de partidos y de clases exasperados por los años de ocupación. Sin embargo, Churchill la trató aun como una gran nación y se las compuso

para que sus dos grandes aliados hiciese otro tanto, no sin algunas reticencias. La revolución de la Liberación, al barrer a todo el clan anti-inglés encarcelado, fusilado o constreñido al destierro, sólo dejaba en los consejos de Gobierno a los partidarios de la alianza británica y a los comunistas. Inclínándose la mayoría por Occidente, el Gobierno inglés podía contar con una cierta armonización de los puntos de vista de París con los de Londres, pese al carácter difícil y a las reacciones del General de Gaulle. Mucho más que antes, a cambio de algunas concesiones que halagarían la vanidad nacional al tratar a Francia como a un país victorioso, Inglaterra podría convertirla en valiosa auxiliar. Lo cual no era inútil cuando se aprestaba a las laboriosas discusiones de la paz con dos interlocutores más poderosos que ella.

La Francia de 1945 ofrecía por lo demás garantías de una anglofilia que no tenía más precedente en la historia de las dos naciones que en ocasión del triunfo efímero del partido burgués en la guerra de los Cien años. «Gaullistas» y comunistas se habían entendido para eliminar—y muchas veces mediante procedimientos sangrientos—a los germanófilos de París y a los «attentistes» de Vichy. Los hombres que habían compartido las horas trágicas de 1940 con los ingleses, que les debían el haber liberado a Francia del invasor, reconquistado Estrasburgo y trepado por el camino que lleva al poder, estaban agradecidos a Inglaterra de haber «aguantado» después del armisticio, de haber permitido la victoria de las democracias, y, en fin, de no haberse apoderado de las colonias francesas ocupadas por sus tropas. Existía, claro es, la excepción de Siria de la que los franceses, a finales de mayo de 1945, habían sido eliminados *manu militari* por los británicos cuando habían querido dominar la rebelión de los nacionalistas libaneses y sirios. Pero Damasco y Beirut eran el precio de Metz y de Estrasburgo. Por ello, la nueva prensa francesa no insistió sobre un «incidente» que era el inicio del derrumbamiento del Imperio colonial francés. El tópico de la «deal aliada británica» sustituyó el de la «pérfida Albión». Semejante estado de espíritu permitió a Winston Churchill contar con el resurgimiento francés para volver a hallar una auxiliar en el Continente.

### *Se reanudan las divergencias.*

Los fuegos artificiales de la victoria una vez apagados, la verdad aparecía. La guerra llevada a cabo para salvar el equilibrio europeo, impidiendo a Alemania dominar la Europa central, había conducido a la ruina de Europa y a la constitución de un Imperio soviético mucho más potente que el III Reich

de Hitler. Para escapar al peligro ruso, las naciones occidentales no tenían más que cobijarse bajo la protección americana. Inglaterra no tenía esta postura humillante merced a la Comunidad británica, pero para mantener ésta tenía que dar a sus miembros una libertad de acción casi total. Se le planteaba un problema temible, como para Francia, con las reivindicaciones indígenas de los pueblos colonizados que la propaganda de guerra de los dos colosos anticolonialistas animaba a agitarse. Los dos viejos Imperios coloniales hubieran precisado una estrecha colaboración para detener ese movimiento. De hecho, cada uno de ellos se convirtió en jinete solitario. Los laboristas, que habían vuelto al poder merced a la victoria electoral de 1945, fueron lógicos con su doctrina al emancipar a la India, Birmania y Ceylán, en espera de que el contagio de las ideas de independencia se corriese a las posesiones africanas del Imperio.

Francia, rota por sus odios ideológicos veía, a su vez, sus colonias reclamar la aplicación de los grandes principios clamoreados por los heraldos «gaullistas». Educados en el culto de la centralización metropolitana, imaginando que el honor de vivir en la Unión francesa, bajo la égida de los derechos del hombre y del ciudadano, debía bastar para satisfacer a los indígenas, acostumbrados, por otra parte, a dejar que los funcionarios coloniales resolvieran directamente sus problemas, sus hombres políticos creyeron que era posible aplastar esos movimientos. La represión terrible de la insurrección argelina de 1945, la no menos dura de Madagascar parecían darle la razón a éstos. Por el contrario, en Indochina, la rebelión de los viets apoyados por Rusia y la China comunista, inició una larga guerra que había de concluirse por su victoria y que, desde sus primeras fases, resultó costosa para Francia en hombres y en dinero. Cuando surtiendo efectos el ejemplo de los viets, los nacionalistas musulmanes de Africa del Norte reanudaron su agitación, la política árabe de los dos aliados se encontró de nuevo en singular divergencia. Inglaterra había fomentado la creación de un Estado independiente en la antigua Libia italiana y su existencia aguzó los deseos de liberación de sus vecinos tunecinos y, las ondas ideológicas propagándose desde Gabés a Rabat, de todos los magrebíes. Inglaterra al abandonar Palestina y al negociar laboriosamente su evacuación de Egipto con el Gobierno de Faruk, brindada otros ejemplos que París podía estimar perniciosos. Después de haber expulsado a Francia de Siria y del Líbano, la política de Londres contribuía indirectamente a los disturbios de Africa. Por su parte, los diplomáticos ingleses podían lamentarse de que el «irrealismo»

francés despertara iras contra Francia en el mundo árabe que, atizadas por la pasión, podían extenderse a los Estados occidentales.

Análogas divergencias se observaban en Alemania y, en línea general, en toda Europa. Concluida la guerra, Inglaterra, lo mismo que en 1918, sentía el deseo de replegarse sobre la Commonwealth, de la que sacaba lo más claro de su potencia política, y hacia Estados Unidos. Al no poder ya guiar al mundo, los hombres de Estado inglés acariciaban la idea de formar con los americanos una especie de Directorio mundial, como en los tiempos en que Roosevelt y Churchill establecían la Carta del Atlántico. Había muchas ilusiones en esta esperanza: los americanos, aunque no desdeñaban atender los pareceres de los británicos, pretendían asumir solos la dirección del «mundo libre». Inglaterra, pese a los sacrificios que se imponía para seguir siendo una gran potencia económica y militar, no podía ser más que «un brillante segundón» de su antigua colonia. Al menos, la idea de que el bloque anglo-sajón era la única gran fuerza mundial frente a la Rusia soviética suavizaba la amargura del declive y llevaba a desear el mantenimiento de la «entente» anglo-sajona.

Francia, como después de la primera guerra mundial, se hallaba partida entre un odio violento hacia Alemania y el sentimiento de que era preciso rehacer a Europa. A la política de rencor de los primeros años, sabiamente fomentada por los comunistas al atizar los recuerdos de la ocupación, había de suceder, con la llegada al poder de Robert Schumann, una concepción europea más realista que la de Briand. El peligro ruso y las necesidades económicas aconsejaban a los pueblos dispersos de Europa occidental reconciliarse y unirse. Las democracias occidentales tendían a reconstituir el Imperio territorial de Carlomagno, del que era eje el valle del Rin. Ello exigía la reconciliación franco-alemana. Aunque fuera difícil, se esbozó.

Inglaterra no había sido hostil a esa agrupación de las fuerzas de Europa occidental. En septiembre de 1946, Churchill había dicho en Zurich: «Necesitamos algo como los Estados Unidos de Europa... para llevar a cabo esta tarea urgente, Francia y Alemania habrán de reconciliarse.» El Secretario de Estado laborista Bevin, a su vez, declaró en los Comunes en enero de 1948 que era «partidario de la noción de unidad europea». El Gobierno inglés llegó, en efecto, bastante lejos en la vía de la cooperación europea. En el plano militar como el plano económico, se comprometió más de cuanto habían hecho sus antecesores en tiempos de paz. El temor a una Rusia demasiado poderosa en Europa y a un resurgir alemán le hicieron

concluir con Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo el Pacto de Bruselas, en marzo de 1948. Los aliados aceptaron posteriormente la constitución de la O. T. A. N. que, con gran satisfacción por parte de Londres, colocaba el glacis europeo bajo la protección de Estados Unidos. Pero esta posición un tanto humillante para los europeos, conducía los partidarios de la unidad —entre los que figuraban curiosamente mezclados, católicos ardientes y socialistas convencidos— a soñar con una organización a la vez política, económica y militar que convertiría a la Europa no bolchevizada en una fuerza suficiente para ejercer una acción entre los colosos ruso y americano. El ejemplo del Zollverein alemán, primer paso hacia la unidad germánica en el siglo XIX, les inspiraba la idea de una unión económica. Era preciso crear intereses. La ayuda Marshall les brindó la oportunidad de crear la O. E. C. E. Inglaterra aceptó formar parte de la misma. Pero las tradiciones de recelo hacia un Continente unido estaban demasiado ancladas en Londres para que el Gobierno inglés se comprometiera en la vía de una adhesión total a Europa. Los laboristas, tanto como los conservadores, bien querían que el continente se organizara en la medida en que ello sirviera a la reanudación del comercio internacional o al fortalecimiento del glacis que la Europa occidental constituye para Inglaterra. No entendían dejarse absorber por tal organización. Por este motivo, la política inglesa osciló entre los compromisos prudentes, destinados a impedir que la organización de la Europa occidental se disolviera, y los frenazos. La O. E. C. E. era para los ingleses un cómodo instrumento de intercambio, pero nada más. Por tanto, en junio de 1949 se opusieron a la propuesta belga de dotar la nueva organización de poderes de planificación económica. El primer intento de unión económica de una Europa susceptible de competir victoriosamente con la Commonwealth fracasaba así a causa de ellos—como antes de la guerra había fracasado el intento de Briand.

Tal fracaso no desanimó a los «europeos» del Continente. Sus esfuerzos desembocaron en la creación, en mayo de 1949, del Consejo de Europa, al que Inglaterra adhirió. Pero en el Comité de Ministros, se opuso a que la Unión se transformara en federación de Estados. Por vez segunda, los británicos bloqueaban la construcción inmediata de una unión europea.

Sólo restaba a los europeos construir su edificio por fragmentos, evocando fines utilitarios: una Comunidad del carbón y del acero, una Comunidad europea de defensa a las que los vencidos de la guerra, Italia y Alemania, se adhirieron con una buena voluntad que contrastaba con la protección lejana y reticente que les concedía Inglaterra. Como en 1925, se rea-

nudó el duo franco-alemán, pero Schumann y Adenauer aportaban más voluntad de llegar a la meta y menos reservas mentales que los comensales de Thoiry.

Como en tiempos de Austen Chamberlain, los *tories* que habían vuelto al poder en 1951, aún negándose a abandonar su independencia en provecho de una vaga comunidad europea, se mostraban más favorables a Europa que sus adversarios socialistas. Bien se vió cuando el viejo recelo francés respecto a Alemania llevó el Parlamento francés a rechazar el tratado de Comunidad Europea y de Defensa que los mismos hombres políticos franceses habían imaginado para fiscalizar el rearme alemán. Pareció entonces que la nueva Europa iba a dislocarse una vez más y permanecer inerte frente al formidable vecino soviético. La garantía dada por Eden a los franceses de mantener sus tropas en el Continente—junto con la presión americana—permitió, no obstante, salvar la defensa común, el rearme alemán y el porvenir de la Unión europea a la que Inglaterra dió su adhesión, no sin reservas mentales, quizás.

Los acuerdos de 1954, en todo caso, habían de iniciar nuevamente un período de cordialidad entre Londres y París. La «entente» de los dos viejos Imperios resultaba tanto más en el orden de las cosas cuanto que acentuándose el hervor de los nacionalismos indígenas en sus posesiones ultramarinas, se reforzaba su comunidad de intereses. Por ambos lados se alteraban las negociaciones y los abandonos de posesiones tradicionales con las represiones despiadadas: Inglaterra renunciaba a conservar militarmente el Canal de Suez, pero castigaba duramente a los mau-mau de Africa Oriental y a los chipriotas. Francia, después de haber perdido Indochina, concedía la autonomía a Túnez y a Marruecos, pero defendía con las armas en la mano su soberanía en Argelia. ¿Era preciso, contrariamente al período posterior a 1919, hacer una política común anglo-francesa contra los extremistas del Islam? Aún existían divergencias de puntos de vista entre los dos Gobiernos en cuanto al Próximo Oriente. Francia alardeaba hacia Israel de una amistad que Inglaterra, deseosa de no herir a sus aliados hachemitas, no manifestaba tanto. Por su parte, Francia mostraba una extrema reserva hacia el Pacto de Bagdad que unía a los clientes de los anglosajones en el Medio Oriente. Sin embargo, hubo un hecho que determinó la cooperación: la nacionalización por el Coronel Nasser, Jefe del Estado egipcio, de la todopoderosa Compañía del Canal de Suez de la que el Gobierno inglés detentaba una gran parte de las acciones.

El Ministerio socialista de Guy Mollet, que desde hacía varios meses

denunciaba el apoyo de Egipto a la rebelión argelina, quiso aprovecharse de esta oportunidad para herir de muerte al nacionalismo árabe. Estableciendo un paralelo harto poco convincente entre Nasser e Hitler, aconsejó a Londres actuar militarmente contra un adversario carente de fuerza militar. Los métodos de fuerza no debían disgustar a los sucesores de Churchill. Mientras se desarrollaban vanas discusiones entre los usuarios del Canal de Suez y Egipto, se organizó una expedición con cierta lentitud. En el otoño, una ofensiva desencadenada a la par con el ejército de Israel condujo a una gran derrota egipcia, pero no al derrumbamiento del régimen de Nasser. Hecho más grave: este retorno a las expediciones coloniales suscitó la oposición de dos grandes Estados anticolonialistas y de buena parte de la O. N. U. Los Estados Unidos desautorizaron categóricamente a sus aliados occidentales y Rusia, dándose las de paladín de la libertad de los pueblos musulmanes, al mismo tiempo que aplastaba el levantamiento de Budapest, recordó que podían caer proyectiles sobre París o sobre Londres. Esta oposición acarreó el cese de las hostilidades y la retirada de los agresores. Como siempre que las operaciones fracasan, sus autores se acusaron mutuamente de ser responsables del chasco. Inglaterra reprochó a Francia el haberla incitado a una aventura que, sugerida por sus intereses argelinos, la dejaba refiada a medias con Estados Unidos y el mundo árabe. En París, se acusó a la lentitud de los militares ingleses de haber evitado a Nasser una caída ignominiosa. En tanto que Eden, enfermo, abandonaba el poder a un hombre menos comprometido que él en esta empresa fallida, los ingleses se disponían a reconciliarse a toda costa con los americanos y con el mundo árabe.

La diplomacia de Mr. Harold Mac Millan, dando pruebas de mucha flexibilidad, logró sus metas. Quizás traspasó los límites del egoísmo sagrado cuando, apenas pocos meses después de la expedición de Suez, los ingleses y los americanos enviaron a Túnez las armas que el Gobierno francés sólo quería suministrar con serias garantías de que éstas no irían a parar a manos de los fel-lagas argelinos. Esta *volte-face* produjo el efecto de una bofetada a los responsables y a los periodistas franceses. Durante unos días, el tono de los franceses respecto a sus aliados recordó los días tumultuosos de Fachoda. Los viejos recuerdos volvieron a la mente y se habló de nuevo del eterno egoísmo de Inglaterra. Que los Estados Unidos, adversarios del colonialismo, hubiesen ayudado a Burguiba y minado la posición francesa, pase. Pero que así lo hiciera Inglaterra, que ésta tratase de reconciliarse con el Islam a costa de su aliado la víspera, era inconcebible. El mal humor se exhalaba tanto más cuanto que no se osaba demasiado manifestar hostili-

dad a Washington en el momento en que los financieros franceses se disponían a solicitar un préstamo sustancial en dólares. Reflejaba el sentimiento popular herido por una acción tan poco conforme a la vieja fraternidad de los campos de batalla. Sin duda, no se ha de tomar demasiado en serio las manifestaciones que las tropas de choque nacionalistas de M. Biaggi organizaron en ocasión de la visita que hizo a París un Mac Millan sorprendido por la violencia de la reacción francesa y deseoso de apaciguar a los Ministerios franceses; pero semejante manifestación hubiera sido inconcebible hace diez años, cuando a los ojos de la Francia oficial, los ingleses se confundían con su patrón San Jorge, por haber aniquilado el dragón hitleriano.

No obstante, era prudente no conceder demasiada importancia a tales manifestaciones de mal humor. Así lo prueba la visita que M. Pineau acaba de hacer a Mr. Selwyn Lloyd. En los Chequers, los dos Ministros han examinado el medio de coordinar una política que sigue siendo divergente en el Medio Oriente en razón de los lazos ingleses con los miembros del Pacto de Bagdad y de la judeofilia de los hombres de Estado francés. Los acontecimientos ulteriores dirán si ha podido reanudarse un acuerdo estrecho después de la tormenta de Túnez.

Lo más probable es que la «entente» anglo-francesa dure y que siga entrecortada por crisis. El sistema diplomático francés se basa en gran parte en ella. Una actitud común respecto al peligro ruso, que en Londres como en París se desea conjurar negociando antes que combatiendo, problemas coloniales análogos, un concepto próximo, si no idéntico, de la democracia, los recuerdos comunes de dos guerras, sin hablar del origen anglófilo de los hombres de Estado francés procedentes del «gaullismo» y de la Resistencia, constituyen sólidas razones de cooperación. Quedan los recuerdos de una larga hostilidad, las diferencias de temperamento y de tradiciones, y la tendencia de los ingleses a tratar a Francia como una barcaza destinada a permanecer en la estela del gran buque «Britania», que pica vivamente el amor propio francés. Son causas susceptibles de tornar aun tempestuosa una «entente» que se estrecha frente a un peligro urgente, y que no llega nunca a una ruptura definitiva.